

Patricia Verdugo.

La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva.

Madrid: Tabla Rasa, 2004. 237 páginas.

Como género literario autónomo, el periodismo investigativo ha sido capaz de evocar figuras y procesos sociales recientes con la eficacia suficiente como para conmover la memoria histórica y cuestionar las ideas que las colectividades construyen sobre su pasado. Muchas obras contundentes han dejado una huella indeleble en sus lectores, desatando debates apasionados y abriendo nuevos derroteros de investigación. Las dramáticas semblanzas del Sha de Irán o de Haile Sellasie I, emperador de Etiopía, escritas por Ryszard Kapuscinski, el juicio implacable realizado por Christopher Hitchens a Henry Kissinger y la biografía de Jon Lee Anderson sobre Ernesto “Che” Guevara son algunos ejemplos notables de crónicas periodísticas que cuestionan y actualizan los lugares preferidos o evadidos por la memoria.

La Casa Blanca contra Salvador Allende, de la periodista chilena Patricia Verdugo, invita a los historiadores a realizar una reflexión crítica sobre las perspectivas y alcances del periodismo, cuando este aborda hechos históricos que pesan aún sobre la conciencia mundial, como el derrocamiento del presidente Salvador Allende Gossens (1908-1973). Patricia Verdugo falleció en enero de 2008 y nos dejó una obra comprometida con la denuncia de los abusos de la dictadura militar chilena; esfuerzo que le valió en vida ganar el Premio Nacional de Periodismo de Chile en 1997 y el reconocimiento de los grupos defensores de derechos humanos de su país y el extranjero. Los nueve capítulos de *La Casa Blanca contra Salvador Allende* están escritos con rigor y rabia —tomando partido—, actitud que puede generar escepticismo entre algunos historiadores profesionales y ayuda a explicar los aciertos y defectos de la obra.

En primer lugar, *La Casa Blanca contra Salvador Allende* es un libro que lleva bien grabada la marca de la época que lo vio nacer. La transición democrática en Chile, iniciada en 1990 con la presidencia de Patricio Aylwin, tuvo el efecto de reforzar los procesos de recuperación de la memoria colectiva asociados a la búsqueda de verdad y justicia respecto a los desmanes de la dictadura y las responsabilidades por el golpe militar de 1973. El decurso de dicha recuperación ha tenido, por lo menos, tres momentos con gran significado. Por una parte, la exhumación de los restos de Salvador Allende en 1990 y la realización de nuevos funerales con honores de Estado. Luego, en 1998, la detención del ex dictador

[491]

* Agradezco a la profesora Gisela Cramer, del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, por motivar la escritura de esta reseña.

** Ryszard Kapuscinski, *El Sha o la desmesura del poder* (Barcelona: Editorial Anagrama, 1987) y *El Emperador* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2004); Christopher Hitchens, *Juicio a Kissinger* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2002); Jon Lee Anderson, *Che: una vida revolucionaria* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1997).

Augusto Pinochet en Londres. Después, la conmemoración en 2003 del trigésimo aniversario del golpe militar. En un contexto donde la sociedad chilena había recaído en la polarización y el mundo vivía los sinsabores de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y rechazaba la posterior invasión a Irak en 2003, Verdugo alzó mediante este libro su dedo acusador para señalar a la Casa Blanca y a la CIA como instigadores directos del golpe militar, suceso histórico entendido cual antecedente de nuestras actuales “guerras preventivas”.

[492]

Semejante acusación no constituye ninguna novedad. Pero Verdugo apoya su minuciosa reconstrucción periodística en fuentes secretas que habían sido recientemente desclasificadas en EE.UU. y que, según la autora, confirman la participación de Richard Nixon, su consejero Henry Kissinger, funcionarios de la CIA, la Embajada de EE.UU. en Santiago, de multinacionales como la ITT y figuras políticas y empresariales en Chile en acciones encubiertas para manipular la política interna chilena y evitar, primero, el ascenso de Allende al poder en las elecciones de 1970 y, luego, la continuidad de su gobierno socialista. Esta es la segunda característica apreciable del libro de Verdugo. La periodista no solamente utiliza el célebre Informe de la Comisión Church (1974), documento obligatorio en cualquier investigación sobre la intervención de la CIA en Chile, sino también las fuentes desclasificadas por orden de Bill Clinton en 1999, ahora disponibles en el Internet gracias a la labor infatigable del grupo de activistas independientes reunidos en el National Security Archives, y los resultados del Informe Hinchey producidos en el año 2000 por el Congreso de EE.UU. *La Casa Blanca contra Salvador Allende* es un libro que apunta al gran público en general y no discute de manera sistemática sus bases documentales, pero tal cual puede ser leído con provecho por especialistas.

Una tercera característica corresponde al énfasis temporal de la autora. En su muy conocido trabajo *The United States and Democracy in Chile*, el historiador estadounidense Paul E. Sigmund cuestionó el tratamiento coyuntural que ha recibido el golpe militar de Chile en buena parte de la historiografía dedicada al tema. Su respuesta a esta tendencia consistió en ampliar el periodo temporal para analizar las relaciones de EE.UU. con el país austral durante los años 1960-1990 y así poder visualizar las fuerzas y procesos internos y externos que en el largo y mediano plazo propiciaron el golpe de Estado de 1973 y la dictadura militar.^{**} En contraste, el libro de Verdugo sigue el enfoque criticado por Sigmund. La autora no busca establecer grandes procesos ni causalidades históricas, sino asignar responsabilidades, revelar nombres propios y delatar

* El Informe Church ahora está también accesible en el Internet, publicado por el mismo gobierno estadounidense bajo: <http://foia.state.gov/Reports/ChurchReport.asp> (Recuperado: 12 de mayo de 2008).

** Paul E. Sigmund, *The United States and Democracy in Chile* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1993).

los oscuros intereses estadounidenses y chilenos detrás del derrocamiento de Allende. De allí que el énfasis de este trabajo se concentra en la dramática caída del Palacio de la Moneda y en los antecedentes inmediatamente anteriores, aún cuando la autora logra rastrear la problemática de las luchas sociales chilenas desde finales del siglo XIX.

Así, lo que puede perderse en amplitud explicativa se gana en tensión dramática y riqueza de detalles. Toda la trama de los acontecimientos que constituyen el complot de derrocamiento es enhebrada cuidadosamente, siempre con los documentos probatorios a la vista. Así mismo, la descripción del ambiente político y sociocultural en Chile previo al golpe logra expresar la polarización sin precedentes de un país saturado de acosos económicos, protestas paralizantes y enfrentamientos entre los distintos partidos políticos, cuya radicalización amenazó con convertirse en una guerra civil. En medio de estos acontecimientos excepcionales, Salvador Allende es retratado como un ser humano a la altura de estas circunstancias, dispuesto a aceptar un destino trágico en consecuencia con los ideales democráticos, cuyo desarrollo en el sistema político chileno había sido prácticamente ininterrumpido desde que fue iniciada la organización de ese Estado en 1818.

Por último, es necesario discutir el marco interpretativo de *La Casa Blanca contra Salvador Allende*, el aspecto más problemático de la obra. El compromiso anímico de Verdugo con los acontecimientos que relata y su decidida toma de partido a favor del movimiento progresista representado por el gobierno de Allende hacen flaquear el equilibrio explicativo del relato. En realidad, no es posible conformarse con la imagen que tiende a elaborar la periodista de dos bandos enfrentados en una lucha dialéctica con tonos de epopeya: EE.UU. y sus aliados en Chile contra Allende y las bases populares, los sindicatos y los partidos de centro e izquierda. Ello por la sencilla razón de que Verdugo, en su esfuerzo por develar los planes urdidos desde la Casa Blanca, caracteriza como omnipotentes a los complotistas. A la luz de la reciente documentación, es imposible negar la participación del gobierno de EE.UU. en las acciones encubiertas que fomentaron la polarización en Chile. Sin embargo, como ya acepta la propia historiografía chilena de izquierda, las condiciones políticas y económicas internas del país austral jugaron la mayor parte en el fracaso de una de las democracias más estables de América Latina. Desde la tímida reforma agraria aprobada en 1962 por la administración conservadora de Julio Alessandri, que tocó los intereses de los terratenientes, puede recorrerse la senda de la polarización, la radicalización de los partidos políticos y la creciente insuficiencia del juego democrático para satisfacer las contradictorias aspiraciones de los chilenos.

[493]

* Al respecto puede consultarse Sergio Grez y Gabriel Salazar, comps., *Manifiesto de Historiadores* (Santiago: lom Ediciones, 1999).

[494]

Ello no implica desconocer la responsabilidad de funcionarios del gobierno de EE.UU. en el derrocamiento de un gobierno legítimo, especialmente en el momento en que escribió Verdugo, cuando la posibilidad de juzgar crímenes de lesa humanidad en instancias internacionales comenzaba a vislumbrarse. Pero una aproximación monocausal a estos actores históricos puede llegar a desconocer los juegos de poder internos y los intereses disímiles al momento de tomar decisiones o encarar una política específica. Ahora sabemos que Nixon y Kissinger maniobraron a espaldas de su propio Congreso, llevando al límite los postulados de una descarnada *realpolitik*, y que el primero pagó con la presidencia de EE.UU. y su carrera política dichos excesos.

HERNANDO ANDRÉS PULIDO LONDOÑO

Universidad Nacional de Colombia

hernando.pulido@gmail.com